

EDITORIAL

“La ilusión de la identidad”: el actual debate europeo¹

Consejo de Redacción

Palabras clave: *Democracia de opinión, ética cívica, frontera, identidad, identidades complejas, identitarismos.*

Key words: *Freedom of opinion, civil ethics, frontier, identity, identities complexes, identitarismos.*

Mots clés: *Démocratie d'opinion, éthique civique, frontière, identité, identités complexes, identitarismes.*

En los mismos días de noviembre de 2009 en que el ministro É. Besson, apoyado por Sarkozy, lanzaba la pregunta sobre la identidad francesa: ¿qué significa ser francés?, ¿se es francés por pertenecer a una comunidad de cultura, de lengua y de religión?, el escritor franco-marroquí Tahar ben Jelloun visitaba una escuela primaria en Marsella. Allí dialogó con niños cuyos nombres son Bilal, Fátima, Marianne, Zeinab, Matar o Kevin. Todos eran franceses, habían nacido en Francia y hablaban perfectamente francés, aunque había entre ellos blancos y negros, de origen turco, magrebí, vietnamita, armenio y franceses de pura cepa. Preguntaron al escritor sobre el islam, sobre la paz o sobre el racismo, pero ninguno hizo la pregunta sobre la identidad nacional. Sencillamente no se les pasó por la cabeza. Para ellos era una pregunta inútil. ¿Y para nosotros? La pregunta sobre la identidad, ¿es una ilusión?, como afirma Amartya Sen, en quien nos inspiramos

¹ Texto cerrado el 19-III-2010. Queremos hacer constar expresamente el agradecimiento por las interesantes aportaciones de textos publicados o inéditos del miembro de nuestro consejo, profesor José Sols.

para el título del editorial, o más bien ¿nos encontramos ante una de las cuestiones cruciales de nuestro tiempo?

La Unión Europea acuñó en el fallido Tratado constitucional, y así lo ha recogido el vigente Tratado de Lisboa, esta divisa para Europa: “unida en la diversidad”.² Lo que es un deseo abstracto no es claro que de momento sea mucho más que un lema. La intuición expresada por este lema y su intención subyacente parecen claras; las compartimos sin reservas. Pero que la diversidad sea fuente de unidad o que el mestizaje genere identidades compartidas no es aún algo que podamos afirmar. De momento no está claro que ésta sea la seña de identidad europea para el siglo que comienza. Al contrario, en unos sitios se preguntan por la identidad nacional, en otros se prohíben signos religiosos, en algunos siguen creciendo los partidos xenófobos y en otros se cuestiona el “ascensor social” que permita una verdadera integración de los inmigrantes. El 25-X-2009 el presidente francés Sarkozy abrió un debate, que debe durar todo el 2010, orientado a alumbrar “una nueva conciencia nacional, un nuevo consenso republicano y una actualización de valores”, según su asesor Henri Guaino.³ El mismo Sarkozy había pedido, quince días antes, “el respeto a los que llegan, el respeto a los que acogen”, a partir de los valores de tolerancia y apertura, propios de la tradición republicana francesa.⁴ Era la reacción al entonces reciente referéndum suizo sobre los minaretes, sorprendentemente ganado por la prohibición: el 57% de suizos votó contra los minaretes y el país alpino se convirtió en el primer país que los prohibía en suelo europeo. Se oponía a una práctica religiosa ostentosa y prefería la discreción. Frente al comunitarismo, es decir, la agrupación cultural homogénea en comunidades separadas con fuerte sentimiento de identidad, el “mestizaje”, la mezcla social desde el respeto a las identidades particulares pero con la búsqueda de los valores compartidos en una única sociedad plural, se muestra para el presidente francés como la política más apta para conseguir integrar a todos los ciudadanos, tanto los inmigrantes como los demás, invitándoles a respetar la herencia cristiana presente en Francia, así como los valores de la República.⁵ Era una posición

² Cf. nuestro editorial “La Constitución Europea renace de sus cenizas: el Tratado de Lisboa”: *Revista de Fomento Social* 63 (2008) 11-29.

³ *Le Figaro*, 22-XII-2009, fechado el 23-XII-2009.

⁴ *Le Monde*, 8-XII-2009, fechado el 9-XII-2009.

⁵ *Le Monde*, *ibid.*

coherente con la defensa de una *laicidad positiva*.⁶ Poco tiempo antes el Tribunal Europeo de Derechos Humanos condenaba a Italia, demandada por la madre de una alumna de Abano Terme (Véneto), por la presencia de crucifijos en la escuela de su hija. También en España hubo revuelo tras aprobar sorprendentemente el Congreso de los Diputados una proposición no de ley contraria a la presencia de los crucifijos en las escuelas, que incluso parecía afectar a las escuelas concertadas de inspiración cristiana.

Por otra parte, la situación social no ayuda a la integración de la segunda generación de hijos de inmigrantes, ni a los más recientemente llegados. Las polémicas suscitadas por decisiones de ayuntamientos como los de Vic, en Cataluña, o Torrejón de Ardoz, en Madrid, restringiendo los derechos sociales negados administrativamente a los inmigrantes sin permiso legal de residencia, o los conflictos en Salt (Cataluña), con un 43% de población inmigrada censada, también forma parte de esta compleja realidad. Los musulmanes tienen tres veces más de posibilidades de estar en el paro que los no musulmanes, según un estudio británico realizado en 11 ciudades europeas por el Open Society Institute. También en España han sido denunciados algunos aspectos muy duros de la recientemente aprobada reforma de la Ley de extranjería (diciembre 2009), con importantes consecuencias económico-sociales para los inmigrantes. Por otra parte, como reverso de la medalla, "esta exclusión social alimenta los vínculos que mantienen con sus países de origen" (Mas de Xaxàs). El llamado "ascensor social", del que algunos políticos socialdemócratas hasta hace poco se mostraban legítimamente orgullosos como una de las estrellas del modelo social europeo, parece que hace un tiempo se paró en una "planta" intermedia; en cualquier caso, en las "plantas" superiores de la sociedad no se ven muchos inmigrantes ni hijos suyos, ni en el parlamento, ni en los medios de comunicación social de masas, ni entre los dirigentes empresariales o los profesores universitarios; tal vez algunos deportistas sean la excepción, pero una excepción que se puede volver contra la validez del "ascensor social". Las revueltas de 2007 en las periferias de las ciudades francesas, el otoño de las *banlieues*, mostraron este bloqueo. El reciente ascenso de la extrema derecha en elecciones locales o regionales, incluso en elecciones políticas, muestran la dificultad que tiene la integración real de los inmigrantes y las reacciones que provocan procesos deficientes capitalizados por la extrema derecha o por grupos xenófobos. El alto paro que sufren los ciudadanos suizos (¡para ellos un 5% es mucho paro!) quizá explique algo del resultado del referéndum mencionado antes. La actual crisis económica mundial provoca como una de sus consecuencias más dramáticas el crecimiento

⁶ Cf. N. SARKOZY (2008) "Discurso del presidente de la República en Letrán": *Revista de Fomento Social* 63 (2008) 141-149.

del desempleo. Efectivamente, los aspectos económicos y demográficos tienen una incidencia directa en la cuestión de las identidades.

Como hemos esbozado, y nuestros lectores conocen perfectamente, estamos envueltos por todo tipo de debates sobre identidades: los hay sobre identidades nacionales en España y en relación a la identidad europea, identidades religiosas (entre confesionalismo, espiritualidades inclusivas y raíces cristianas de la civilización europea),⁷ identidades a propósito de los signos de diferentes religiones que para la mayoría de nosotros son “otras”, aunque desde hace un tiempo sean también “nuestras”, pero identidades sobre signos religiosos que nos parecen “nuestros” pero que a muchos ya se les antojan “extraños” en la propia casa, identidades en fin sobre los valores cívicos que sustentan nuestra convivencia. No creemos sin embargo que las identidades religiosas sean el centro del problema; antes al contrario, pretendemos mostrar que sólo abordando desde más lejos la cuestión de la identidad en general podremos tratar con honestidad y claridad los contemporáneos debates sobre los símbolos religiosos o sobre los nacionalismos. En la *Revista de Fomento Social* nos hemos hecho la pregunta sobre la pertinencia de este debate. Nos ha parecido que merece la pena intentar aportar algún criterio que aclare los conceptos, así como hacer propuestas sobre lo que es realmente importante y lo que muchos consideran inútiles e interesadas discusiones, como los enfrentamientos identitarios sobre la cuestión nacional o sobre los signos religiosos.

¿Qué pretendemos? Algo que esperamos sea útil para el debate. Comenzaremos por describir lo que pasa, es decir, en qué consiste el tema de la identidad debatido en nuestro mundo; después ensayaremos una exposición sobre aquello sobre lo que deberíamos dialogar y actuar. En resumen, pretendemos situar los actuales debates en el trasfondo de un cambio mayor: el proceso de construcción de identidades complejas.

En un primer momento tratamos de situar nuestra apuesta por el reconocimiento de un mundo con identidades complejas a partir de las fronteras como expresión simbólica de la globalización; en el apartado segundo exponemos brevemente la forma de construcción de lo que llamamos identidad, para referirnos en el apartado tercero a los identitarismos como la forma en la que se manifiesta el tema de las identidades; en un cuarto momento hacemos algunas aportaciones al debate, conscientes de lo limitado de las mismas; una conclusión recoge lo esencial que

⁷ Cf. nuestro editorial “Más allá de la Constitución: Europa entre raíces cristianas y laicidad”: *Revista de Fomento Social* 59 (2004) 727–749.

a nuestro juicio merece la pena subrayar: las identidades de nuestro tiempo son complejas, es decir por un lado interculturalmente abiertas y por otro arraigadas en medios culturalmente ricos de significados.

I. Identidades complejas en un tiempo de fronteras⁸

Entender a “los otros” es uno de los retos más grandes de nuestro tiempo. La pobreza estructural mundial, el cambio climático o el vaciamiento de algunas democracias no son temas menos importantes. En otro tiempo podíamos entender inmediatamente el mundo desde nosotros mismos: nos bastábamos y nos bastaban los marcos culturales con los que las generaciones precedentes a la nuestra se habían socializado. Hoy somos más conscientes de nuestros límites. No se trata de “empequeñecernos” ni menos de culpabilizarnos, correríamos el riesgo de pasar de una posición prepotente a la ingenuidad de dar por bueno todo lo que procede de los demás, ignorando nuestros valores. Ciertamente, no es ésta nuestra perspectiva al reconocer sin embargo que el ensanchamiento de nuestro mundo nos ha hecho más conscientes de nuestros límites, y por tanto de nuestra relativa pequeñez. Por un lado, sabemos que hemos de afrontar inexorablemente las fronteras como un lugar propio. Éstas han dejado de ser un simple espacio de contacto con otros que sabíamos distintos, para pasar a ser el único lugar en que podemos emplazar la construcción social de la realidad, la más próxima y la global de la que aquella forma parte. Las fronteras tienen hoy una doble significación: la frontera es espacial en la medida que delimita unos espacios propios, en los que construimos el “nosotros” colectivo, pero la frontera es también interior puesto que esa construcción social, obra de los sujetos colectivos, es asimismo una construcción que ha de hacerse hacia dentro, una construcción de la propia identidad y por tanto un encuentro con las propias fronteras interiores que se ven confrontadas en sus fundamentos en lo más íntimo al existir en un mundo plural.

Por un lado las fronteras exteriores se han diluido y se están diluyendo cada vez más, pues en nuestro tiempo *el mundo entero está presente en nuestras vidas*, tanto en las cosas que usamos, como en la información que recibimos, en los efectos de crisis económicas y financieras originadas lejos de nosotros pero con inmediatas e importantes consecuencias en nuestras vidas, así como en las representaciones que nos hacemos de otros espacios, y está presente, por fin, tanto en nuestras

⁸ El lector puede encontrar la fuente de inspiración de estos párrafos en A. NICOLÁS (2009) “Desafíos y problemas de la educación jesuita”: *Revista de Fomento Social* 65 (2010) 839–852.

posibilidades de viajar, “navegar” o comunicarnos con todo el mundo, como en la conciencia sobre la repercusión de nuestro comportamiento en el cambio climático. El mundo entero se hace cada día presente: cambian las referencias que nos eran familiares y nos sentimos desorientados (¡realmente lo estamos!). Vivimos en un desconcertante y estimulante mundo fronterizo.

Como es frecuentemente subrayado, ante esta rica pero inquietante composición de nuestro marco de representación de la realidad, surge la necesidad de reconstrucción de un “nosotros” que nos permita ser y nos ayude a seguir creciendo como personas y como sociedades y a seguir creyendo en nuestras posibilidades. Nos hemos vuelto más modestos, y también más débiles. Nuestra modestia ya no nos permite vivir con orgullo simplista ninguna concepción autosuficiente y por ello tenemos miedo de no entender otras culturas y tradiciones. Por otra parte, esta ignorancia puede acabar impidiéndonos comprender nuestra propia identidad cultural. Sospechamos o tememos que esta apertura nos desvíe hacia el relativismo y el cuestionamiento de nuestros valores, de nuestra propia idea de la verdad sobre la persona y la realidad. A este lugar de incertidumbre es a lo que llamamos frontera interior. La percibimos ciertamente como una amenaza, aunque también como un desafío. Sabemos que nuestra movilidad y nuestra apertura hacia todas las fronteras sólo serán practicables y sostenibles si ganamos al mismo tiempo la frontera de la profundidad de nuestro propio ser, personal y social.

La apertura cultural plantea el riesgo de degradar la cotización de nuestros valores; para poder afrontar este dilema, debemos comprender el papel de la cultura en la vida humana. La cultura, la autocomprensión y el lenguaje median todo lo que identificamos como fundamental para la persona. Si bien la cultura es algo más que la mera expresión superficial de un fondo humano común, como se defiende desde posiciones sociobiológicas, tampoco hay que asumir sin más la opuesta posición relativista que pretende que aceptar las diferencias culturales requiere abandonar la “alianza con la verdad” (Taylor). Entre la apertura a otras verdades y, como resultado obligado, la renuncia a las propias convicciones excluyentes sobre una verdad, la posibilidad epistemológica de acceso a la verdad, a la que no podemos ni queremos renunciar se abre un espacio. En este espacio se verifica el diálogo entre pertenencia a la propia cultura y tradición junto con capacidad de acogida e integración de otras perspectivas o concepciones del mundo.

2. ¿Cómo se construye la identidad?

La persona es un ser individual y también un ser social. Individuo y sociedad pueden parecer opuestos, pero, más allá de esta apariencia, individualidad y sociabilidad forman por igual parte de la esencia humana. No hay persona sin individualidad, ni hay hombre sin sociabilidad. Para afirmar la humanidad hay que afirmar la individualidad y la sociabilidad, no de forma yuxtapuesta, sino en una estructura articulada: el individuo necesita esencialmente dar y recibir, y es en lo social donde cada individuo puede desarrollar esta necesidad esencial; ahora bien, lo social es ese espacio de realización de lo individual, que no debe convertirse en un espacio de anulación de lo individual. La dialéctica individuo-sociedad es constitutiva del ser humano, pues en ella se construye la identidad, tanto personal como colectiva. La identidad individual se configura en relación con los demás, con los que no son "yo". El reconocimiento de los demás forma parte de mi identidad:

el que yo descubra mi propia identidad no significa que yo la haya elaborado en el aislamiento, sino que la he negociado por medio del diálogo, en parte abierto, en parte interno, con los demás. Por ello, el desarrollo de un ideal de identidad que se genera internamente atribuye una nueva importancia al reconocimiento. Mi propia identidad depende, en forma crucial, de mis relaciones dialógicas con los demás.⁹

La íntima conexión que existe entre la identidad y el reconocimiento se comprende mejor a partir de un rasgo decisivo de la condición humana. Ésta es constitutivamente dialógica: nos transformamos en personas, capaces de comprendernos a nosotros mismos y por tanto de definir nuestra identidad por medio de la adquisición de lenguajes humanos que nos permiten expresar nuestras posibilidades; por esto afirmamos, como hacen Taylor y otros, que la génesis de la mente humana es dialógica, es decir que se configura a partir de la palabra, dicha o escrita, para ser comprendida y acogida para ser interpretada.

Ahora bien, la identidad cultural es hoy abordada desde dos perspectivas diferentes, esencialista y constructivista. Si para la primera, la identidad cultural es una realidad inmanente a la vida de los pueblos, heredada culturalmente, para la segunda la identidad es algo que se construye permanentemente. Los primeros tienden a posiciones que se suele denominar identitarias; para estas la movilidad cultural no es posible, aunque otras identidades, como la geográfica, la económico-social, etc., sí sean cambiantes. Para las segundas, las identidades colectivas o

⁹ Cfr. C. TAYLOR (1993) *El multiculturalismo y "la política del reconocimiento"*, México, FCE, p. 55 (hay una edición más reciente, Madrid 2003, FCE).

culturales son todas ellas necesariamente “mestizas”, por tanto identidades en construcción permanente.

En sociedades pluralistas como las nuestras, sociedades *en debate permanente*, la tendencia a la intolerancia y a la exclusión, propia de los identitarismos, resulta perturbadora. Estas posiciones no son, sin embargo, iguales en sociedades homogéneas y poco evolucionadas, en las que los procesos de socialización y educación contribuyen a construir identidades claramente delimitadas; en sociedades complejas el resultado de la socialización comunitaria, así como de la educación institucional, es lo que suele llamarse «ciudadanía diferenciada» o «ciudadanía compleja».

La ciudadanía compleja es comprensiva e integradora de las diferencias existentes en la realidad, porque es capaz de reconocerlas y no pretende uniformarlas, no las elimina, sino que las acoge en su seno. La ciudadanía compleja, pues, ha de integrar todas las identidades diferenciadas, sean lingüísticas o sexuales, étnicas o religiosas, reconociendo en ellas formas respetables desde un punto de vista cívico.

Hemos de reconocer que ciertas expresiones laicistas de menosprecio sistemático, que ya se ha hecho rutinario, de la religión, especialmente de la forma mayoritaria en España y con un mayor arraigo tradicional, así como ciertas políticas públicas de exclusión de los inmigrantes extracomunitarios, no favorecen la construcción de esta ciudadanía compleja. La reciente Ley (13-XII-2009) reguladora del fenómeno migratorio no es ciertamente un buen ejemplo de integración; su dureza ha sido muy criticada por organizaciones tan sólidas y conocedoras de la realidad como Caritas. Muchas de las confrontaciones reiteradas entre nacionalismos o con ellos, que en nuestro clima social se han hecho paisaje habitual, adolecen de este carácter excluyente.

La “ciudadanía compleja” para ser también cívicamente integradora ha de acoger realmente las diferencias y, si no las reconoce públicamente como tales, las está desacreditando. Por otro lado, de la capacidad de acogida e integración que la ciudadanía compleja tenga para con las identidades diferentes dependerá que éstas no sean instrumentalizadas por intereses espurios o no se conviertan en «identidades asesinas» (Maalouf).

3. Los identitarismos, ¿patologías de las identidades?

Como ya hemos expuesto, en un mundo en cambio cuyas fronteras externas se diluyen, muchas personas y colectividades sienten una nueva necesidad de pertenencia, de identidad y de refuerzo de los vínculos comunitarios. Esto es explicable y legítimo. Su instrumentalización no lo es tanto. La proliferación de ofertas identitaristas se sirve de la mistificación de la memoria, de la exageración apocalíptica de los conflictos presentes unida al inmediatez de lo efímero, o de la magnificación de las promesas o de las amenazas de futuro. Nacionalismos agresivos y separadores, movimientos religiosos intransigentes de todo tipo, incluso laicismos excluyentes, y finalmente movimientos que pretenden afirmar la amenazada superioridad cultural de determinadas zonas y el consiguiente “choque de civilizaciones”, coinciden en un rasgo común: lo único que verdaderamente importa es la afirmación de una identidad singular y exclusiva. A esto es a lo que Amartya Sen se ha referido como «la ilusión de una identidad singular». Ése es el hilo conductor de nuestra reflexión. Al mismo tiempo que reconocemos la importancia de la identidad para la construcción del yo y del nosotros, creemos que hoy es una ilusión vacía, aunque a veces peligrosa, la pretensión de tener identidades exclusivas y puras. Por eso pensamos que la identidad singular no deja de ser una ilusión. Vivimos ya en un mundo que es “mestizo” en todos sus aspectos y sólo podremos abordarlo desde el reconocimiento del espesor de lo real.

Esta ilusión de una identidad singular genera una tendencia a pensarse como grupos naturales más que como grupos socialmente contruidos:

Las identidades no se dan, en la vida real, como algo único y uniforme. Nadie tiene una única identidad, que pueda ser compartida tal cual por otras personas. Los seres humanos tenemos identidades múltiples y desde ellas y con ellas afrontamos el bricolaje de la identidad.¹⁰

Los nacionalismos son muchas veces un buen ejemplo de esa ilusión de identidades singulares. Al ser una cuestión en debate continuo en España no podemos dejarla de lado, aunque tampoco debemos tratarla con simplicidad. En los últimos quince años parecen haberse reforzado los trazos más extremos de los nacionalismos. No pretendemos igualar posiciones ni usar un lenguaje políticamente correcto que acabe ocultando la realidad. Por nuestra observación de la realidad, todo lo parcial que se quiera, nos atrevemos a afirmar que en España últimamente se han fomentado sobre todo posiciones reactivas, a su vez provocadoras de reacciones. Con ello

¹⁰ Cf. D. VELASCO (2001) *Pensamiento político contemporáneo*, Bilbao, Universidad de Deusto, 388.

se ha conformado una espiral viciosa. De esta etapa se ha pasado con facilidad a procesos de simplificación y unificación de algunos trazos de lo colectivo que quienes pretenden tener legitimidad para ello definen unilateralmente.

Determinados actores políticos, con influencia en los medios, se apropian de aquello en lo que para ellos consiste ser español o catalán o vasco. A partir de ese supuesto monopolio sobre la identidad se arrogan la representación única del ser nacional, de la identidad, y adoptan una postura excluyente hacia dentro y hacia fuera. Hacia dentro, los “nacionalistas” excluyen del ser y pertenecer a una identidad a quienes no comparten su visión nacionalista; hacia fuera, no sólo proponen otra forma de pensar juntos la identidad colectiva y su defensa de la pluralidad, sino que quieren imponerla sin negociar. Los nacionalismos niegan hacia dentro la pluralidad que exigen hacia fuera. Esta dinámica genera progresivas separaciones, es decir, exclusiones de los que no participan de esa visión, incluso de amplias mayorías de población. Como tantas veces se ha dicho, los “separatistas” necesitan de la ayuda externa de los “separadores”. Ciertas manifestaciones, muy frecuentes en los últimos tiempos, del nacionalismo vasco, del nacionalismo catalán y del españolismo (nacionalismo español) han degenerado en movimientos recíprocos de rechazo y de exclusión, gravemente atentatorios contra la convivencia común, contra el bien común y el principio de justicia. Nuestra posición obviamente no es contraria a priori a los nacionalismos, que pueden significar una legítima afirmación especial de los propios valores ligados a un sentimiento de pertenencia comunitaria, a una lengua o a una tradición cultural. El llamado “amor patrio” siempre ha sido una virtud cívica reconocida por diferentes tradiciones, tanto republicanas, católicas, liberales como monárquicas. Lo que nos parece rechazable es la identificación entre nacionalismo excluyente y comunidad política. Ésta es llanamente una patología de las derivas identitarias en contextos de fuerte polarización y esto es lo que criticamos y rechazamos.

Los identitarismos, con frecuencia, contribuyen a la negación de la complejidad y la correlativa simplificación de la realidad. A ésta no es ajena la actuación de los medios de comunicación social. La actual configuración de los climas de opinión tiende a la simplificación abusiva y a la sobrerrepresentación de los conflictos. Éste es un terreno no exclusivo, pero sí muy propicio para la eclosión de la problemática identitaria. Si la realidad, como hemos recordado, es una construcción social, también los sujetos colectivos son fruto de esa construcción que se está desarrollando permanentemente de manera muy destacada a través de los climas de opinión generados y alimentados por los medios de comunicación social. En nuestra sociedad, la política institucional, la vida interna y la configuración de las instituciones están fuertemente “mediadas”. En realidad existe una continua

re-presentación de la realidad por los medios de comunicación que sustituyen a la primera por la imagen publicada. Esto significa una profunda perversión de los medios de comunicación.

Las instituciones están dominadas por la lógica de partidos políticos y de grupos de poder; unos y otros a su vez responden a intereses y procedimientos poco transparentes y dependen de la sobre-representación en los medios para poder mantener su capacidad de influjo social en la opinión pública. Finalmente, la actuación de muchos medios aparece muy ligada a poderosos grupos económico-políticos. Éste es el "círculo vicioso" que genera una profunda perversión de todo el sistema de participación política y de ejercicio de la ciudadanía. No es nuestra intención analizar este problema, pero podríamos aludir a varias situaciones recientemente vividas en nuestro país que pueden ser ejemplos evocadores. La politización del control de las cajas de ahorro, el partidismo descarado de algunos antaño prestigiosos diarios nacionales por la lucha de cuotas de mercado (concesiones televisivas), los bloqueos parlamentarios y, en última instancia partidistas, para la renovación de órganos judiciales (Tribunal Supremo, algunos tribunales de Comunidades Autónomas) o jurisdiccionales (arbitrales) como el Tribunal Constitucional, las presiones sobre la justicia en casos complejos y muy politizados referidos a escándalos urbanísticos, escuchas telefónicas, etc. Este círculo vicioso de corrupción no favorece ni siquiera permite la diferencia de actuación de las esferas de gobierno, opinión, creación cultural con aquella autonomía que requiere una democracia avanzada.

La sociedad civil, cada vez más compleja, es ignorada en la re-presentación que se hace de ella en la opinión publicada. En este clima, las posiciones identitaristas tienden no sólo a definir de manera absoluta la propia identidad, tarea del todo imposible según hemos intentado exponer, sino a definir e imponer la identidad de los otros, al mismo tiempo que se imponen ciertas "espirales de silencio" que niegan alternativas no identitaristas o realidades complejas. Al no reconocérseles su carácter de diferencias respetables por el silencio impuesto o por su desprestigio previo, se acaba excluyendo del espacio público la posibilidad de pensar y articular aquellas identidades complejas no reductoras a las que nos hemos referido. Siempre que se intenta imponer una identidad a los otros se produce una reacción fulminante y se generan, al menos potencialmente, conflictos que pueden llegar muy lejos. También los cristianos en la historia contemporánea y, más concretamente en España, la Iglesia católica en la esfera pública han colaborado en esa falta de respeto hacia "los otros", en esa exclusión previa al ataque, en la formulación de una imagen del "otro" como enemigo. Por honestidad y con dolor no podemos dejar de reconocerlo.

Los comunitarismos, un mundo con importantes diferencias en su interior, así como los movimientos nacionalistas, pretenden contribuir a instituir sociedades que, en nombre de la diferencia étnica, o religiosa o “nacional”, establezcan la homogeneidad de los individuos dentro de cada sociedad y excluyan a los que no participan de esa identidad. Se trata de un sueño imposible. La paradoja de corrientes de pensamiento muy poderosas y presentes en nuestro debate público es precisamente ésta, tanto en lo que se refiere a las dimensiones lingüístico-culturales o religiosas, como a las étnicas:

*Los comunitaristas (...) reivindican (...) el derecho de cada comunidad a ser interiormente homogénea y diferenciada respecto al exterior.*¹¹

La unidad es un mito que tiene como supuesto una personalidad común colectiva e identitaria a mayor o menor escala. Uno de los grandes mitos nacionalistas es el mito de la unidad, concebida como una doble afirmación: la de la diferencia con los “otros” y la homogeneidad del “nosotros”. Todo grupo identitario percibe la amenaza del exterior, de los “otros”, a los que convierte en diferentes y con frecuencia en “enemigos”: dentro del propio grupo, pretendidamente homogéneo, también se encuentran enemigos: son aquellos cuyas ideas son contrarias a la pretendida unidad espiritual y a la tradición de los antepasados, el fundamento mítico del “nosotros”. Esto podemos decirlo más directamente en referencia a los nacionalismos, aunque podrían hacerse reflexiones muy parecidas sobre otras configuraciones identitarias sostenidas en otros supuestos, por ejemplo, étnicos o religiosos.

Como hemos indicado más arriba, nuestro sistema político está caracterizado por el enorme peso condicionante que la opinión pública ejerce sobre los actores políticos; a esta configuración llamamos *democracia de opinión*. Esta forma contemporánea de democracia no facilita la expresión de discursos complejos y de ideas de fondo, estimulando en cambio los elementos de reacción por encima de la capacidad de análisis y de propuesta, es decir, la emoción más que la racionalidad (Obiols y Comín). En un contexto en que los grandes relatos de sentido se han debilitado y los proyectos propiamente políticos han dejado paso a la emergencia, tantas veces descarada, de los intereses particulares o de las afirmaciones identitarias en la plaza pública la deriva emocional de la democracia de opinión se hace más evidente. Los identitarismos contribuyen a crear y alimentar el aislamiento en los llamados “guetos mentales”, sirviéndose de la manipulación de las identidades para garantizar las actitudes reactivas contra “los otros” o los diferentes, que son

¹¹ Cf. J. OLABARRÍA (2001) “Identidad”, en J. M. OSÉS, director (2001) *10 palabras clave sobre el nacionalismo*, Estella (Navarra), Verbo Divino, 29–30.

presentados según la conocida dialéctica “amigo/enemigo” (C. Schmitt) como “identidades asesinas”. En la *democracia de opinión* la confrontación identitaria es más fácil cuando se garantiza un sistema¹² de dominación y control de los medios desde instancias de poder político o económico. Mucho de lo que está pasando en España tiene que ver con esta deriva de la *democracia de opinión*. No es por tanto parte de la solución, sino del problema.

4. Algunas propuestas para el debate sobre las identidades

En esta última parte de nuestro comentario vamos a proponer tres enunciados que atañen a la temática analizada. Sin pretender obviamente la exhaustividad, sí pueden ser tres ejemplos sobre la pertinencia y los límites de este debate.

4.1. Educar los “hábitos del corazón” para la ciudadanía cosmopolita e intercultural¹³

Los *hábitos del corazón*, la conocida expresión de Tocqueville, es aquel conjunto de prácticas habituales, prejuicios y costumbres que cohesionan e integran a una sociedad. Los *hábitos del corazón* sirven para trazar un camino, son una especie de brújula a partir del fondo compartido en la *comunidad de memoria* que pueden ser una familia, una iglesia o una nación. Aunque esta expresión ha sido utilizada por filósofos pertenecientes al llamado comunitarismo y, por tanto, puede reducirse a ese solo contexto, nos sirve también para expresar claramente la primera de nuestras propuestas referida a la educación en los valores que permiten formar identidades complejas. Creemos que la educación en valores sólo puede sostenerse a partir de una educación arraigada en tradiciones vitales sólidas. Estas tradiciones son las que permiten que emerjan valores, también llamadas virtudes públicas, con las se puedan configurar identidades consistentes.

Para el desarrollo de una sociedad de identidades complejas creemos necesario un apoyo deliberado a una educación para la ciudadanía cosmopolita e intercultural

¹² Cf. J. CONILL (1998) “Ideologías políticas”, en A. CORTINA (1998) *10 palabras clave en Filosofía política*, Estella (Navarra), Verbo Divino, 235.

¹³ Cf. nuestro editorial “Ciudadanía y educación: desafíos, incógnitas, posibilidades”: *Revista de Fomento Social* 62 (2007), 151–177.

a partir de la diversidad cultural, desde un modelo que haga posible el servicio de la integración y que responda a las preguntas siguientes: ¿qué educación lleva a la integración social de los inmigrantes?, ¿qué educación lleva a la integración social de la sociedad de acogida?

¿Por qué es importante una educación integral para una ciudadanía cosmopolita? La democracia se construye todos los días y por ello se debe recordar que el voto es sólo una forma de democracia: la representativa. Al día siguiente, en la vida cotidiana, en la asociativa, en la profesional, en la familiar, en la eclesial, en la sindical, en el movimiento de consumidores, en todos los ámbitos, debemos poner a punto nuestros *hábitos del corazón*. Así podremos promover y sostener la educación para una ciudadanía cordial.¹⁴ Los *hábitos del corazón* son aquellas virtudes cívicas que nos cohesionan y nos integran. Los *hábitos del corazón* nos sitúan dentro de unos roles sociales y prácticas comunitarias y nos hacen *socialmente sostenibles*. Todos los días construimos la democracia trayendo al corazón, es decir a la mente a través del paso por los afectos profundos, aquellos valores que queremos cuidar para poder *vivir juntos*. Esto es la política, la democracia y la ciudadanía: tres palabras para referirnos al arte de vivir juntos los que somos diferentes. En la sociedad moderna y plural somos diferentes, por eso debemos aprender a vivir juntos y debemos ejercitar nuestro *aprendizaje de una ciudadanía cordial y compleja*. En la sociedad en que vivimos debemos cuidar los buenos hábitos del corazón que nos permiten ser nosotros mismos sin dejar de vivir juntos, que nos permiten vivir con otros sin renunciar a ser nosotros.

La existencia de una enseñanza escolar de la ética, de la educación para la ciudadanía y de la filosofía social es un buen cauce para la educación cívica de los *hábitos del corazón* que debería ser aprovechada con lealtad por todos los grupos e instituciones sociales y administraciones públicas, que en conjunto son actores de la educación.

4.2. Construir una identidad postnacional como un reto europeo

La identidad europea, según Habermas, si se nos permite la paráfrasis de una expresión muy citada, será postnacional o no será. Para el filósofo alemán la iden-

¹⁴ Cf. A. CORTINA ORTS (2007) *Ética de la razón cordial. Educar en la ciudadanía en el siglo XXI*, Oviedo, Nóbels y A. CORTINA ORTS (2008) *Lo justo como núcleo de las Ciencias Morales y Políticas. Una versión cordial de la ética del discurso*, Madrid, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

tividad cívica debe pretender lograr un “patriotismo constitucional” europeo, análogo al propugnado para lograr la identificación popular con la Ley fundamental de Bonn de 1948 en la Alemania de la posguerra. ¿Es problemática la construcción de una identidad europea sin una referencia nacional europea en el momento en que parecen renacer los nacionalismos?

Es cierto que cierta revitalización de las identidades nacionales en Europa se debe en parte a las dificultades en la construcción de una identidad europea; por otro lado, la mundialización refuerza su necesidad en un mundo más abierto, en el que la necesidad de raíces y referencias es más aguda. Alain Touraine cree que estamos aún lejos de un Estado europeo, aunque tendemos a él. Europa acabará siendo un Estado sin nación, pues es imposible hablar de una nación europea y menos aún de una patria europea.¹⁵ Esta duda parece resumirse en otras: ¿para qué queremos una cultura europea, teniendo más de veinte?, ¿dónde están la conciencia de pertenencia, la memoria colectiva y los proyectos sociales que dan sentido concreto a la idea nacional? Este debate ha dejado de tener sentido porque Europa ha renunciado a sustituir completamente a los Estados y a transformarse en los Estados Unidos de Europa, pero no podemos negar por otra parte el debilitamiento progresivo de los sistemas políticos nacionales europeos. Por otra parte, en una Europa que ha dejado de “creer” en su futuro es comprensible que aumente su debilitamiento progresivo como proyecto político. Las posibilidades que tenga Europa dependerán de la capacidad de sus gobiernos de responder, como gobiernos representativos y democráticos, a los intereses y reivindicaciones de sus ciudadanos. Las posibilidades de una identidad postnacional para Europa, basada en el “patriotismo constitucional” europeo, pasan sin duda por superar el llamado “déficit democrático” de la UE, con el avance de la Europa política. El federalismo, que se intentó afirmar con el Tratado de Maastricht y con el proyecto nonnato de Tratado constitucional, no ha ayudado a superar ese déficit. Al contrario, parece que nos alejamos de aquél.

¿Es posible trabajar por la construcción de una identidad postnacional europea? A partir del Tratado de Lisboa hay que recorrer el camino del “patriotismo constitucional” europeo, en el que puede fundarse la identidad cívica europea, enraizada en los derechos humanos y en el Estado social y democrático de derecho.

Para Habermas, no obstante, cada día parece más necesario que el Estado liberal ha de sustentarse sobre unas premisas que él mismo no puede garantizar.

¹⁵ Cf. A. TOURAINE (2005) *Un nouveau paradigme. Pour comprendre le monde d'aujourd'hui*, París, Fayard, 57-73.

La mera y exclusiva afirmación del valor exclusivo del derecho positivo entraña el riesgo de que la solidaridad de los ciudadanos se debilite como resultado de una “secularización desencaminada de la sociedad”. Es sabido que Habermas rechaza la necesidad de fundar el derecho positivo en el poder sustentador de las convicciones pre-políticas de las comunidades religiosas o nacionales. Para Habermas, *la doctrina procedimentalista de inspiración kantiana insiste en una fundamentación autónoma de los principios constitucionales con la pretensión de ser racionalmente aceptable para todos los ciudadanos.*

Aun así, sabemos que el Estado constitucional democrático exige al individuo un mayor compromiso en la medida en que éste asume el papel de autor del derecho, en cuanto ciudadano, es decir, en la medida en que este ciudadano funda en sí mismo el Estado constitucional que, por eso mismo, pasa a ser un orden socio-político autofundado. Volveremos sobre este punto a continuación. Quedémonos ahora con el valor de una identidad postnacional basada en el derecho y en la identificación con unos valores que contribuyen a formar una identidad cívica y política por encima de las identidades cultural y nacional.

El debate sobre la integración en nuestra sociedad no puede ignorar que una de las razones fundamentales en la generación de identitarismos y conflictos sociales derivados está en el ámbito de lo económico. El sistema de bienestar al que las personas que han inmigrado a Europa han hecho aportaciones sustanciales, no puede evitar que la justicia sea cuestionada cuando la generación de riqueza y el reparto de la renta se separan de la participación en el sistema de bienestar solidario entre todos, creación participada por muchos, incluidos los inmigrantes.

4.3. Reconocer la aportación religiosa a la ética cívica

Creemos que una *ética cívica que reconozca la aportación religiosa* podría ser un factor de vinculación social en nuestras sociedades europeas. Por supuesto, afirmamos la prioridad de la identidad cívica y política a la que acabamos de referirnos, pero siempre que en su construcción no se excluyan a priori las contribuciones generadas en el mundo religioso. Un orden político no puede afirmarse sólo desde dentro del mismo (lo que implicaría el riesgo de un orden positivamente autofundado). Al ser conscientes de la ausencia de referencias externas, se refuerza un intenso y generoso interés por el bien común y no sólo en el provecho propio de las diferentes tradiciones de sentido. La carencia de fundamento conlleva un “mayor esfuerzo motivacional”, imposible de imponer por vía legal; en los ámbitos pre-políticos el ciudadano encuentra motivaciones fuertes para esforzarse por el

bien común. Este esfuerzo va unido a las virtudes políticas que son esenciales para la existencia de una democracia.

El ciudadano se halla inserto en una sociedad civil que se nutre de fuentes prepolíticas, es decir espontáneas. La *interpretación correcta* de los principios constitucionales ha de dialogarse a partir de los principios de justicia que *encuentran acomodo en el entramado, más denso, de las orientaciones de valor culturales*. Algunos interpretan la crisis actual como la consecuencia debida a la debilitación de los potenciales de racionalidad acumuladas en la modernidad y otros, desde las teorías postmodernas, la interpretan como el resultado lógico de la autodestrucción de cualquier proyecto de racionalización nuclear en la modernidad. ¿En qué consiste la modernidad ilustrada? Ésta es la cuestión de identidad que se plantea en este ámbito.

El pensamiento de tradición católica, aunque en otro tiempo tuviera dificultades en participar en el diálogo cultural, puede hoy jugar un papel, a partir de la proposición según la cual *sólo la orientación religiosa hacia un punto de referencia trascendente puede sacar del callejón sin salida a una modernidad que se siente culpable* (Habermas). Para él hay que intentar huir de todo dramatismo. Ésta es como una "mera cuestión empírica no resuelta". Su interés se extiende hacia las personas y modos de vida que se fundan en sus convicciones religiosas, con un respeto que se convierte en "una actitud dispuesta al aprendizaje", especialmente hacia ese "algo" que pervive en las comunidades religiosas: *la sensibilidad y la capacidad de expresión diferenciada para hablar de la vida carente de objeto, para las patologías sociales, para el fracaso de los proyectos de vida individuales y la deformación de contextos de vida desfigurados*. Para poder recuperar, con alguna esperanza de éxito, la solidaridad social en la vida del Estado constitucional, a éste le conviene, por su propio interés, *tratar de modo respetuoso a todas las fuentes culturales de las que se nutre la conciencia normativa y la solidaridad de los ciudadanos*. En la *sociedad postsecular* la *modernización de la conciencia pública* abarca todas las mentalidades, religiosas y mundanas. Por ello la religión debe abandonar la pretensión de monopolizar la interpretación, pero no debe renunciar a conectar de modo interno el *éthos* de la comunidad religiosa con el *ordenamiento jurídico universalista y la moral social igualitaria*, de manera que éste se nutra también del primero.

Esta expectación normativa del Estado liberal converge con los intereses propios de las comunidades religiosas, en la medida que éstas pueden así ejercer un influjo en la opinión pública y en la sociedad en su conjunto, y reclama de los no creyentes que si quieren dialogar con las comunidades religiosas, les reconozcan

“un estado epistémico no totalmente irracional”. Este presupuesto, paralelo para los creyentes religiosos y a los no creyentes, hace que la autoridad del Estado, desde la neutralidad ideológica, garantice las mismas libertades éticas para todos los ciudadanos y sea incompatible con “la generalización política de una visión del mundo secularista”. De esta forma, los ciudadanos “secularizados” no deben negarles a las visiones del mundo religiosas un potencial de verdad, ni negarles a sus conciudadanos creyentes el derecho a hacer aportaciones a los debates públicos utilizando un lenguaje religioso, que llegue a traducirse en un lenguaje más accesible para todos.

Si, como algunos han señalado, el catolicísimo corre el riesgo de quedar fuera de la cultura europea, llegando a hablar de un irremediable proceso de exculturación que lo relegaría a la categoría de minoría,¹⁶ no queremos dejar de subrayar a nuestro juicio la importancia de resolver bien la presencia de las religiones en el espacio público, para que exista esta aportación religiosa a la democracia secular.

5. Conclusión

Nos planteábamos al principio de este comentario si la pregunta sobre la identidad era, como para aquellos niños de una escuela marsellesa, una pregunta inútil. Creemos haber contribuido a plantear la cuestión de una manera más amplia con una modesta reflexión que espera aportar algo de claridad. Sabemos que hemos dejado sin tratar algunas cuestiones actualmente abiertas igualmente importantes, como la memoria histórica, la configuración de las nuevas espiritualidades fuera de las religiones u otros signos religiosos personales, como el velo y otros, por no dejar de mencionar cuestiones más circunstanciales pero que revelan la misma problemática, como es la cuestión taurina en España, entre intentos de proscripción legal y paralelos esfuerzos por consolidarla como bien cultural público.

La búsqueda y la pretensión de tener una identidad singular es ciertamente una ilusión, como hemos adelantado ya en el título. La contribución a la construcción o elaboración de identidades plurales y complejas desde el diálogo y el reconocimiento recíproco es sin embargo una de las cuestiones cruciales de nuestro tiempo.

El cosmopolitismo abierto a una identidad plural y “mestiza” es nuestra propuesta, siempre que ésta reconozca la complejidad de nuestras variadas pertenencias y

¹⁶ D. HERVIEU-LÉGÈRE (2003) *Catholicisme, la fin d'un monde*, París, Bayard.

regule su relación sin prejuicios excluyentes. En resumen, un cosmopolitismo universalista arraigado que, en un mundo en proceso acelerado de des-regulación, procure aportar orientaciones de sentido a unas tradiciones que están viéndose agotadas y sin capacidad de respuesta.

Recientemente el ya citado A. Maalouf se preguntaba: “¿Ha llegado la humanidad a su umbral de incompetencia moral?”.¹⁷ Nunca la humanidad ha tenido tanta necesidad de una solidaridad real y efectiva entre todos para hacer frente a los graves problemas tanto económicos y financieros como climáticos, aunque entre ellos destacan los culturales a los que nos hemos referido. La desregulación intelectual de las grandes tradiciones ha desencadenado una “guerra” de identitarismos.

Hay sin embargo alguna razón para esperar. Una de ellas podría ser Europa. Ciertamente, lo será una Unión Europea considerada esbozo y anticipo de una humanidad que por fin sale de la prehistoria, capaz de acoger a los diferentes, respetuosa de su riqueza y diversidad lingüística, cultural y religiosa, e integradora de las nuevas humanidades que viene a enraizarse en su suelo. Europa puede ser un signo de esperanza abierto al mundo, un hogar donde el pan es partido para quienes llegan después de un largo camino.

Ésta podría ser también la aportación cristiana: bastaría con ese gesto, para que pudiese reconocerse a Aquel que parte el pan (Lc 24,35). Esa es también nuestra esperanza. Como ha escrito recientemente el papa Benedicto XVI:

*Para la Iglesia la caridad es todo porque todo proviene de la caridad de Dios, todo adquiere forma por ella y a ella tiende todo. La caridad es el don más grande que Dios ha dado a los hombres, es su promesa y nuestra esperanza.*¹⁸

La identidad cristiana esencial, aquella que tiene una real capacidad de integración, es la identidad del amor. El amor, la caridad, es todo. Ésa es nuestra convicción, ésa es nuestra propuesta.

¹⁷ Cf. A. MAALOUF (2009) *Le dérèglement du monde. Quand nos civilisations s'épuisent*, Paris, Grasset.

¹⁸ BENEDICTO XVI (2009) *Caritas in veritate*, n. 2.